

"Las Edades de Lulú". Erotismo y subjetividad femenina.

Carmen Gloria GODOY Ramos*

Universidad Academia de Humanismo Cristiano (UAHC)

Resumen:

En este trabajo se realiza una reflexión en torno al deseo como elemento constituyente de la subjetividad femenina, a partir de la lectura de *Las Edades de Lulú*, título de la novela de la escritora española Almudena Grandes. Esta reflexión surge de dos preguntas: ¿es similar el deseo femenino y masculino? ¿Quién define el deseo femenino? Y ¿desde dónde? En último término, sobre la base de un texto en el que se nos invita a explorar junto con la protagonista experiencias físicas y "morales" límites, reflexionar acerca de los supuestos "genéricos" del erotismo femenino y de sus referentes.

Palabras clave:

Subjetividad – género - erotismo.

"Las Edades de Lulú". Eroticism and Feminine Subjectivity

Abstract

Las Edades de Lulú, title of the novel of the Spanish writer Almudena Grandes, provides the starting point for a reflection upon desire like constituent element of the feminine subjectivity. This reflection arises from two questions: is similar feminine and masculine desire? Who defines feminine desire? And from where? In last term, on the base of a text in which we are invited to explore with the protagonist, in the limits of physical and "moral" experiences, to reflect about gender's assumptions of the feminine eroticism and its reference's points.

Key words

Subjectivity - gender - eroticism.

1. La pregunta acerca del deseo de una mujer

Las Edades de Lulú es el título de la novela de la escritora española Almudena Grandes, publicada por primera vez en el año 1989 (lleva ya ocho ediciones) y que obtuvo el XI Premio La sonrisa vertical, otorgado a obras de carácter erótico. En la contratapa del libro se nos señala que esta es una historia de amor y que, "como cualquier historia de amor que no se resigna a dejar de serlo, va haciéndose siempre más compleja y envolvente"¹. Esa es una

* Antropóloga, Magister en Estudios de Género y Cultura, Universidad de Chile.

Profesora Escuela de Antropología

Universidad Academia de Humanismo Cristiano (UAHC)

Santiago-Región Metropolitana-Chile

758-0446 LAS CONDES

cggodoy@vtr.net / cggodoy82@hotmail.com

¹ Ver edición Fábula Tusquets, de marzo de 2002.

lectura posible de las experiencias eróticas de su protagonista, una lectura de la historia narrada entre Lulú y Pablo, sus protagonistas. La relación entre un hombre y una mujer durante casi veinte años, a partir del amor y el sexo. Amor y sexo parecen en este sentido indisolubles, sin embargo, la lectura que pretendo desarrollar en este ensayo no se enfoca especialmente en la relación erótica entre los personajes, sino en el problema del deseo como elemento constituyente de la subjetividad, en este caso, femenina.

Dos preguntas surgen respecto a esta problemática: ¿Es similar el deseo femenino y masculino? ¿Quién define el deseo femenino? Y ¿desde dónde? En último término, a partir de un texto en el que se nos invita a explorar junto con la protagonista experiencias físicas y “morales” límites, reflexionar acerca de los supuestos genéricos del erotismo femenino y de sus referentes. Tal vez la pregunta apunta a saber si en las experiencias eróticas se produce una suerte de tensión entre la identidad individual y los modelos preestablecidos, ya sea por la norma o por la transgresión. ¿Qué aporta el sujeto de sí en estas experiencias, ó, ¿sólo las experiencias construyen al sujeto y lo sitúan entre el lado del “bien” o del “mal”?

La propuesta de análisis se sitúa entonces, en el ámbito de la constitución de subjetividad a partir del deseo. Lulú es un sujeto deseante (cuyo deseo se encuentra en el “desvío”) y al mismo tiempo es un objeto de deseo, condición que la define como tal, como Lulú, una niña que nunca debe crecer conservando su ingenuidad y sobre todo, su capacidad lúdica.

La experiencia sexual aparece como aprendizaje y definición de una identidad femenina, tensión entre lo planteado por Alicia Puleo (1992) entre el discurso de la modernidad ilustrada en que el deseo constituye al sujeto, en que existe conciencia de sí, y el discurso de la transgresión, con Bataille en que el deseo lleva al sujeto a la disgregación de la conciencia. Deseo que no conduce a la definición de su subjetividad sino “al abismo de la indiferenciación”, al sacrificio ritual (PULEO, 1992, p.169-170). La tensión entre Nadja, la “mujer negativa”, proyección de lo masculino y la “mujer positiva”, la esposa; tensión entre la función asignada (reproducción) y el objeto de deseo que desaparece una vez consumado el acto sexual para no importunar con su presencia al varón. Con las Nadjas “se alcanza la pasión pero rápidamente sobreviene la ruptura, con las segundas se convive rutinariamente” (PULEO, 1992, 174).

2. Las Edades de Lulú

La historia de Lulú es una narración en primera persona, que transita, como lo dice el título, por sus diversas “edades”, con el trasfondo de los últimos años de la España franquista. Lulú es alumna de un colegio católico y pertenece a una familia numerosa, que supone también una búsqueda y afirmación de la propia identidad.

Cuando una nace la séptima de nueve hermanos, sobre todo cuando los dos últimos son mellizos, no suele estrenar ni el uniforme.
(p.24)

Sin embargo, el relato se inicia con la voz de una Lulú de alrededor de unos treinta años que separada de su marido –Pablo-, observa y disfruta de una película pornográfica, experiencia a partir de la cual descubre su propio deseo.

(...) Aquella era la primera vez en mi vida que veía un espectáculo semejante. Un hombre, un hombre grande y musculoso, un hombre hermosos, hincado a cuatro patas sobre una mesa, el culo erguido, los muslos separados, esperando. (...) Un perro hundido, que escondía, que escondía el rostro, no una mujer.

Había visto decenas de mujeres en la misma postura. Me había visto a mí misma, algunas veces.

Fue entonces cuando deseé por primera vez estar allí, al otro lado de la pantalla, tocarle, escrutarle, obligarle a levantar la cara y mirarle a los ojos, limpiarle la barbilla y untarle con sus propias babas.

(p. 9-10)

Luego, toma el hilo de la historia su relación con Pablo a quien “conocía desde que tenía memoria, y le amaba de una manera vaga y cómoda, sin esperanzas”. (GRANDES, 2002, p.23) Pablo, su amor de adolescencia y posteriormente su marido, es amigo de su hermano mayor, casi doce años mayor que Lulú, suerte de “héroe” de izquierda, poeta e intelectual, cuyas preferencias sexuales rayan en la transgresión.

En este punto, nos encontramos con Lulú a los treinta años, separada y con una hija, internándose en el comercio sexual –como clienta de homosexuales- y de experiencias sadomasoquistas que la llevarán al límite tanto física como “moralmente”.

Lulú se presenta a sí misma en el límite, entre lo permitido y lo prohibido, entre “el bien y el mal”.

Luego apenas un instante después de la metamorfosis, la acostumbrada sensación de estar portándome mal.

Un frío húmedo, un desagradable chasquido, la piel erizada, acabo de salir de un baño templado, asquerosamente tibio, y los baldosines están helados, y no hay toalla (...) Desvalimiento. Quiero regresar al útero materno, empaparme en ese líquido reconfortante, encogerme y dormir, dormir durante años.

Siempre ha sido así, la misma repugnante premonición del arrepentimiento. Desde que tengo memoria, siempre lo mismo, aunque entonces, hace tantos años, sufría más. (p.11)

Sus prácticas sexuales se encuentran en el límite, antes y después de Pablo, pero es precisamente después de él que ese límite se convierte en el del Otro, en un reflejo masculino que ha definido su deseo y su identidad. Pablo dice descubrir “cierta potencialidad” en Lulú, una búsqueda de su individualidad, de la diferenciación en el contexto de una familia numerosa, y decide “encauzar” ese talento. Pero estableciendo así también una dominación sobre ella, no sólo sexual, sino también emocional e intelectual, y tras cada una de sus acciones expone un argumento, un raciocinio, un por qué.

Me preguntó si sería capaz de comportarme como una niña buena y obediente. (p.25)

Me agarró de la muñeca y me obligó a quedarme a su lado. Luego, siempre sin mirarme, me cogió de la mano, no me la dio como se la suelen dar a los novios, los dedos entrecruzados, sino que tomó mi mano y la apretó entre su índice y su pulgar, como se coge a los niños pequeños en los pasos de cebra.

Nunca me daría la mano de otra manera. (p.26)

Desde la mirada de sus treinta años, de una mujer ya supuestamente adulta, Lulú se concibe a sí misma como “un corderito blanco con un lazo rosa anudado alrededor del cuello” (GRANDES, 2002, p.42) Imagen con la cual quiso romper, abandonando a Pablo para ingresar en su propio mundo, sin su guía.

Entonces me convencía de que jamás crecería mientras siguiera a su lado, y cumpliría treinta y cinco, y luego cuarenta, y luego cuarenta y cinco, y luego cincuenta, cincuenta y cinco, y hasta sesenta y seis, la edad de mi madre, y no habría llegado a crecer nunca, sería una niña eternamente, pero no una hermosa niña de doce años, como cuando vivíamos en aquella casa falsa, enorme y vacía, en la que no transcurría el tiempo, sino un pobre monstruo de sesenta y seis años, sumido en la maldición de una infancia infinita. (p.227)

En esta especie de viaje iniciático, Lulú no reniega de sí como mujer, no quiere “transformarse” en un hombre. Sale en la búsqueda de sí como mujer:

Yo le deseaba. Deseaba poseerle. Aquélla era una sensación inaudita. Yo no soy, no puedo ser un hombre. Ni siquiera quiero ser un hombre.
(...) a los hombres les gusta ver a follar a dos mujeres, a mí no me gustan las mujeres, nunca me había parado a pensar que alguna vez podría ver follar a dos hombres, pero entonces sentí un extraño regocijo y recordé cómo me gusta pronunciar esa palabra, sodomía, y escribirla, sodomía, porque su sonido evocaba en mí una noción de virilidad pura, virilidad anima y primaria. (p.14)

Si embargo, al final de este viaje, Lulú no es sacrificada “ritualmente” sino que sobrevive, siendo finalmente rescatada por Pablo, cuando está a punto de ser destruida físicamente, a punto de morir. Pero sólo para seguir siendo una niña: Lulú.

(...) luchaba contra aquella certeza disfrazada de sospecha y no encontraba alternativa alguna, no existían alternativas, él había estado allí, moviendo los hilos a distancia, pero aquello era demasiado duro, insoportablemente duro para las escasas fuerzas de una niña pequeña, soy una niña pequeña, concluí, y mañana pensaré en todo esto, mañana, esta noche no, mañana todo estará mucho más claro...
(p.257)

3. La construcción de la identidad / la disolución de la conciencia.

Alicia Puleo, al revisar el tratamiento de la sexualidad en el pensamiento filosófico, señala que la filosofía contemporánea –a partir del siglo XIX- es la que transforma la sexualidad en un fundamento ontológico, ante el caos que genera en el sujeto de la modernidad, las leyes de

la Naturaleza que son proyectadas hacia su interior². Desde una mirada pesimista, se avanza hacia una más positiva, y la sexualidad deja de ser entendida como un equivalente de la reproducción (PULEO, 1992, p.131). Sin embargo, esta separación entre sexualidad y reproducción genera la revalorización de prácticas calificadas como perversas (PULEO, 1992, p.133), convirtiendo a la primera en un instrumento de liberación y en un elemento fundante de la personalidad.

Puleo coincide con Foucault en que la progresiva implantación durante los siglos XVII y XVIII de la familia como modelo de normalidad “marca los límites de lo que se considerará racional y determina, en contrapartida, el resto de las prácticas sexuales como locura en la que el ser humano se abandona a peligrosas pulsiones” (PULEO, 1992, 137). La locura ya no será entendida como delirio, sino como el sometimiento de la razón a la naturaleza, a los impulsos primitivos.

Con el desarrollo del discurso psicoanalítico durante comienzos del siglo XX, el inconsciente es identificado con la sexualidad, como un territorio de lo Otro, ajeno a lo social y a la Historia. Lo Otro se convierte en “la verdadera naturaleza del Sujeto”. En este sentido, Georges Bataille, establece una diferencia entre sexualidad y erotismo, caracterizando la actividad sexual reproductiva como una de las “formas particulares del erotismo”, mientras que “la diferencia que separa al erotismo de la actividad sexual simple es una búsqueda psicológica independiente del fin natural dado en la reproducción y del cuidado que dar a los hijos” (BATAILLE, 1997, p.15).

Lo Otro que constituye al sujeto se encuentra *fuera* de sí mismo, donde el sujeto busca precisamente un objeto del deseo que responde a la *interioridad* del deseo. “La elección de un objeto depende siempre de los gustos personales del sujeto; incluso si se dirige a la mujer que casi todos elegirían, lo que suele entrar en juego es un aspecto intangible, no una cualidad objetiva de esa mujer... El erotismo del hombre... moviliza la vida interior... es lo que la conciencia del hombre pone en cuestión al ser” (BATAILLE, 1997, p.33).

Es respecto a esta búsqueda externa del objeto del deseo –como proyección de la vida interior- y de tal objeto encarnado, sin cuestionamiento alguno, en la figura de una mujer, que Alicia Puleo realiza una crítica a Bataille, y que es posible situarse también en el contexto que nos presenta *Las Edades de Lulú*, acerca de la relación entre la protagonista y Pablo, quien convierte a Lulú en objeto de su deseo. Si bien ante los otros, ella también aparece como producto de su creación.

(...) Te lo voy a afeitar y te vas a dejar. Lo único que tienes que hacer es estarte quieta. No te va a doler. Estoy harto de hacerlo. Sigue hablando.

-Pero... ¿por qué?

-Porque eres muy morena, demasiado morena, demasiado peluda para tener quince años. No tienes coño de niña. Y a mí me gustan las niñas con coño de niña, sobre todo cuando las voy a echar a perder. (p.53)

(...) La mayor parte de la gente que me había conocido con Pablo pensaba que Lulú era un nombre reciente, que había sido él quien me había

² Puleo, Alicia. Mujer, sexualidad y mal en la filosofía contemporánea. Disponible al 31 de diciembre de 2005 en, <<http://www.fyl.uva.es/wceg/articulos/mujersexualidadymal.PDF>>

bautizado así, nadie parecía dispuesto a creer que se tratara en realidad de un diminutivo familiar, derivado de mi propio nombre, involuntariamente impuesto en mi infancia. (p.98)

Esta relación igualmente puede ser abordada desde la perspectiva crítica de Luce Irigaray, respecto a la identidad femenina como construcción masculina, proyección de su propia imagen, y deseo. Irigaray señala respecto a los planteamientos de Sigmund Freud acerca del deseo femenino, que “la mujer no es tanto quien se escoge un “objeto” de deseo, como quien se deja escoger como “objeto”; lo que se juega en esta elección justifica esta “distracción” en lo que concierne al buen funcionamiento del (no) deseo femenino” (IRIGARAY, 1978, p.117).

Asimismo, Irigaray nos dice que la mujer al convertirse en objeto de deseo también es objetivada en el plano del discurso, negándosele así la posibilidad de constituirse como sujeto.

“La negación de una subjetividad a la mujer, ésta es sin duda la hipoteca que garantiza toda constitución irreductible de objeto: de representación, de discurso, de deseo. Imaginada que la mujer imagina y el objeto perderá en el acto su carácter (de idea) fijo(a). (...) Cuando ya no existe “tierra” que pisar (reprimir), que trabajar, que representar(se), y también –una vez más– que desear apropiarse, materia opaca que no se conociera como tal, ¿qué cimiento queda a la existencia del “sujeto”?” (IRIGARAY, 1978, p.149)

El planteamiento de Irigaray apunta, como ya decíamos, a que la subjetividad femenina se construye en una relación especular con el varón, en torno a las necesidades y deseos de éste, en cuanto a que constituye puro reflejo (en su dimensión de negativo o inversión del “original”) sin lenguaje propio. “La mujer no tiene ni mirada ni discurso de su especularización específica que le permita identificarse con ella (como) misma –volver a sí– ni desprenderse de su influencia inmediata en un proceso especular natural –salir de sí–. En esto la mujer no ocupa nunca un puesto activo en el devenir de la Historia, puesto que ella no es nunca sino la opacidad aún indiferenciada de la materia sensible, reserva (de) sustancia para la superación del sí, o del ser como aquello que, aquello que él, es (era) aquí y ahora. (...)” (IRIGARAY, 1978, p.243).

En este sentido, la relación entre Lulú y Pablo, la pareja protagónica de la novela, se constituye como una relación especular. Pablo ha descubierto en una Lulú adolescente, ciertas características que lo atraen, cierto potencial para la “perversión”, pero desde un modelo instalado por él. Lulú sólo debe sumarse al “juego”, sus intervenciones son menores y son concedidas como parte de su “status” de niña.

Te lo prometo.

Me sonrió, me dio un beso en la frente, me abrió la puerta y se despidió de mí.

-Adiós Lulú, sé buena, y no crezcas.

No entendía absolutamente nada y volví a sentirme mal, como un corderito blanco con un lazo rosa alrededor del cuello.

(p.67)

La mitad de mi vida, ni más ni menos que la mitad de mi vida, había girado exclusivamente en torno a Pablo.

Nunca había amado a nadie más.

Eso me asustaba. Mi limitación me asustaba.

Me sentía como si mis movimientos, desde que saltaba de la cama cada mañana hasta que zambullía en ella nuevamente por la noche, hubieran sido previamente concebidos por él.

Eso me abrumaba. Su seguridad me abrumaba.

Para Pablo, Lulú no es una mujer ni tampoco para sí misma. Su voluntad de crecer la lleva a abandonarlo; su voluntad de constituirse como sujeto con deseo propio. Como si abandonase la “casa paterna” Lulú debe renunciar a los privilegios y comodidades que le otorgaban su relación con Pablo. Esto es, la seguridad de saberse Lulú, su identidad individual. La salida al mundo, la búsqueda que inicia a través de juegos sexuales es la búsqueda de sí, pero supone también el “descenso” hacia el peligro. Lulú debe llegar a los límites de su propio juego y de su propio deseo para luego emerger nuevamente hacia Pablo.

Entonces comenzó la clase teórica, la primera.

Habló y habló en solitario, durante mucho tiempo. Yo apenas me atrevía a interrumpirle, pero me esforzaba por retener cada una de sus palabras, por retenerle a él, en mi cabeza, mientras hablaba del amor, de la poesía, de la vida y de la muerte, de la ideología, de España, del Partido, de Marcelo, del sexo, de la edad, del placer, del dolor, de la soledad.

(p.62)

Pablo construye su identidad a partir de muchos referentes, y entre ellos el erotismo. Como intelectual y poeta, lo suyo es el terreno de las ideas más que el del cuerpo. Su transgresión es una transgresión al orden social y político. Al menos así es como es presentado al comienzo del relato de Lulú. Pablo se inscribe en la vida social y Lulú ingresa a esa vida a través de él: a la política, a la filosofía, a la vida erótica. Ella parece “estar ahí”, dispuesta para ser tomada de acuerdo a los intereses de él.

Yo había abandonado a Pablo para disponer de la mía, de mi propia vida, y ahora tampoco sabía que hacer con ella.

Me sobraba por todas partes.

(p.71)

(...) últimamente procuraba no ver a Pablo por la televisión (...) el aplomo de mi marido, su sabiduría, su media sonrisa torcida, cargada de mala leche, me recordaban que le quería, que le quería terriblemente, a pesar de todo, y eso me producía insoportables deseos de volver, me hacía añorar el lazo rosa y la piel blanca, suave, aborregada, que había vestido durante tanto tiempo.

(p.74)

Ahora bien, la identidad de Lulú también pasa por su relación con Inés, la hija que tiene con Pablo. En algún momento se nos sugiere que sus acciones no sólo pudiesen ser transgresoras, sino también que entran en contradicción con su rol de madre. Como cuando uno de sus compañeros sexuales, luego de su primera aventura nocturna, al saber que tiene un hijo dice,

-¿Tú tienes un hijo? –parecía muy sorprendido por al noticia.

- Sí, tengo una hija de cuatro años y medio, Inés –la expresión de su cara se acentuó-. ¿Te extraña?

-Sí, nunca hubiera pensado que fueras mamás no te pega nada...

-Muchas gracias, me encanta que me digan eso.

(p.181)

¿Cómo puede ser madre y prostituta a la vez? Pero Lulú no es prostituta, porque no comercia con “su” cuerpo (sino con el de los otros). Lo sugerente de la novela, en este sentido, no es la actitud transgresora de Pablo ni sus prácticas eróticas desarrolladas al interior del matrimonio, es decir, como parte de su vida privada. Sino, el hecho de que Lulú invierte la relación especular, o más bien, suspende el reflejo de Pablo sobre sí temporalmente, cuando inicia su recorrido nocturno de las calles de Madrid, buscando nuevos compañeros sexuales. Lulú genera un modelo propio, o al menos, surgido desde su propio imaginario. Sin querer convertirse en un hombre, desea actuar como un hombre, desea tener el poder de la penetración, de la dominación sobre otro.

Pero en ella la identidad no se va definiendo como una esencia, con un carácter unívoco. Lulú se va conociendo a sí misma y constituyéndose como tal hacia el final de la novela, en medio de contradicciones, de avances y retrocesos. Su identidad es múltiple, sin una linealidad definida. No existe un proyecto de vida ni un desborde de la razón tras de sí. Sino la ruptura momentánea con su condición de objeto de deseo, para constituirse como sujeto deseante.-

Referencias bibliográficas

BATAILLE, Georges. *El Erotismo*. 1ª ed. Colección Ensayo. Barcelona, Tusquets Editores, 1997.

GRANDES, Almudena. *Las Edades de Lulú*. 8ª ed Fábula. Tusquets Editores, Colección Fábula, Barcelona, 2002.

IRIGARAY, Luce. *Speculum. Espéculo de la otra mujer*. Editorial Saltes, Madrid, 1978.

PULEO, Alicia. *Dialéctica de la sexualidad. Género y sexo en la filosofía contemporánea*. Colección Feminismos. Universitat de Valencia, Instituto de la Mujer, Madrid, Ediciones Cátedra, 1992.

----- “Mujer, sexualidad y mal en la filosofía contemporánea”. Disponible al 31 de diciembre de 2005 en:

<<http://www.fyl.uva.es/wceg/articulos/mujersexualidadymal.PDF>. >